

18, OCTUBRE, 1989

Hoy EU no Necesita de Nuestra Cooperación

El Síndrome Padilla

- ★ Nos Salvó la Secesión de Perder Mayor Territorio
- ★ La Gran Guerra de 1914-1918 Permitió Sacar Ventajas
- ★ Pershing se Tuvo que ir Para Combatir en Europa

LORENZO MEYER

No pretendo que lo que voy a proponer sea una ley de la historia, pero sí creo que es algo que se le asemeja mucho. La hipótesis es ésta: cuando en el pasado Estados Unidos enfrentó graves problemas internos —la división norte-sur— o la amenaza de otra gran potencia, las posibilidades de negociación de México con su vecino del norte aumentaron. Y lo contrario también es cierto; cuando Estados Unidos se sintió internacionalmente seguro —“los gloriosos veintes”, por ejemplo—, México vio su interés totalmente subordinado al de Estados Unidos. Y resulta que hoy Estados Unidos está sin enemigo al frente. Mala coyuntura para México.

Si lo expresado en el párrafo anterior es válido, entonces se puede intentar un par de afirmaciones relacionadas con el asunto. La primera es que, históricamente, los intereses nacionales de México y de Estados Unidos han sido tan diferentes, que en repetidas ocasiones han resultado fundamentalmente contradictorios en lo esencial: lo que es negativo para Estados Unidos ha resultado positivo para México y viceversa. La segunda afirmación es ésta: en las ocasiones anteriores a la actual en las que la cúpula política mexicana ha tomado la decisión consciente de identificarse con los intereses profundos de Estados Unidos, su éxito ha sido mayor cuando Estados Unidos ve su posición como potencia internacional amenazada.

Permitaseme empezar por la segunda afirmación. Como todos sabemos, al iniciarse los años cuarenta, el encargado de la diplomacia mexicana fue don Ezequiel Padilla, un canciller que se distinguió, entre otras cosas, por un gran empeño personal por lograr la identificación del interés nacional mexicano con el de Estados Unidos. Consiguió lo que se propuso y tuvo grandes éxitos, pues antes de dejar el gabinete para lanzarse a la oposición, resolvió de manera definitiva los problemas que México y Estados Unidos venían arrastrando en su relación bilateral, y que eran el producto de los choques habidos durante la época de la Revolución mexicana: expropiaciones, reclamaciones, deuda externa, etcétera.

Hoy es claro que el espíritu de don Ezequiel vuelve a rondar los corredores del poder, y que los dirigentes de nuestro país buscan como salida al grave problema del estancamiento económico de México la vuelta a la identidad fundamental de intereses entre México y Estados Unidos que existió en los años cuarenta. Sin embargo, si no se piensan bien las cosas, esa resurrección del pandillismo puede dar resultado distinto del que se obtuvo hace poco más de cuarenta años, pues el entorno internacional actual

es muy diferente al que existió entonces. En su momento, el pandillismo fue una política adecuada porque las circunstancias a las que se enfrentaba Estados Unidos eran críticas, peligrosas, y por lo mismo benéficas para México. La guerra que tanto daño causó a la humanidad en su conjunto entre 1939 y 1945, resultó ser una fuerza positiva para México.

De no haber sido por la inestabilidad que introdujo en el sistema internacional el revanchismo alemán en los años treinta, y la insatisfacción con el status quo que mostraron entonces Italia y Japón, Estados Unidos no hubiera hecho de la Buena Vecindad el centro de su política interamericana. Fue el reto de las potencias inconformes con el reparto internacional del poder, lo que llevó a que en la séptima conferencia interamericana de Montevideo de 1933, Estados Unidos aceptara algo que poco tiempo antes hubiera sido imposible: que entre los Estados latinoamericanos se registrara el principio de que ninguno de ellos tenía derecho a intervenir en los asuntos internos y externos del otro (artículo 8 de la Convención de Derechos y Deberes de los Estados). Fue el deseo de no echar por la borda la posibilidad de aislar a América Latina de las influencias de los Estados expansionistas en Europa y Asia, lo que influyó de manera decisiva para que Estados Unidos, a) ratificara en la reunión de Buenos Aires su aceptación del principio de la no intervención, y b) para que actuara con moderación frente a las expropiaciones agraria y petrolera del general Cárdenas.

Fue ya el estallido de la Segunda Guerra Mundial, lo que permitió que la decisión mexicana de cooperar con los Estados Unidos —decisión encabezada por Ezequiel Padilla y aceptada de mal grado por la opinión pública— diera frutos, y éstos fueron la aceptación por parte de Washington del grueso de las condiciones mexicanas para la cooperación económica y política, y que ya se apuntaron: arreglar de manera muy favorable para México los varios e importantes problemas pendientes entre los dos países. Pero no sólo se resolvió lo que venía del

pasado; México también impuso sus condiciones para efectuar el envío de braceros, consiguió préstamos para modernizar sus ferrocarriles, su ejército, e incluso, su industria petrolera recién nacionalizada. El pandillismo original quizá cuadró mal con el espíritu nacionalista del pasado inmediato, pero se reivindicó frente a sus críticos con sus resultados.

★

Hoy, el neopandillismo, se está dando en un contexto muy diferente. Estados Unidos hoy no se enfrenta a ningún problema externo fundamental que le mueva a hacernos las concesiones que nos hizo hace casi medio siglo. No hay ya ninguna guerra caliente que Estados Unidos vea con genuina preocupación y en la que México pueda tener algo que ver —en Centroamérica nos hicimos, y se nos hizo, a un lado— y la guerra fría ya se acabó. Y ésta última se acabó con una victoria estadounidense. Los problemas sustantivos a los que se enfrenta Estados Unidos hoy no son geopolíticos sino económicos —su enorme déficit comercial, por ejemplo— y en este campo México, con su demanda de mejor trato comercial y financiero, le resulta a Estados Unidos más un problema que una solución. De ahí que, por ejemplo, el supuesto arreglo de nuestra enorme deuda externa aún se está discutiendo con los bancos y que, incluso en el mejor de los casos, ya nadie espera que llegue a parecerse, ni remotamente, al arreglo de los tiempos de Padilla, cuando se aceptó que México pagara únicamente 10% del monto reclamado.

Ahora pasemos a fundamentar la hipótesis central: la contradicción histórica de los intereses nacionales de México y su vecino del norte. Para tal propósito conviene empezar por el principio. Fue la profunda división entre el norte y el sur de Estados Unidos en la primera mitad del siglo pasado —división que desembocaría en una terrible buerra civil—, lo que impidió que tras la derrota militar de México en 1847, el gobierno de Washington buscara tomar aún más territorio mexicano del que efectivamente le tomó a su

vecino del sur. Esa misma tensión norte-sur, fue poco después una bendición para México al impedir la ratificación por parte del congreso en Washington del famoso tratado McLane-Ocampo, acuerdo que ponía en entredicho la soberanía mexicana sobre Tehuantepec y sobre otros posibles caminos entre la frontera con Estados Unidos y el Golfo de California. Finalmente, cuando se desató la brutal guerra entre la Unión y los Estados Confederados, un grupo muy empresarial de mexicanos nortefños aprovecharon bien la tragedia estadounidense: se convirtieron en intermediarios entre Europa y la Confederación y acumularon un capital que les permitió iniciar el desarrollo de Nuevo León; por ello el fin de la guerra civil estadounidense fue un golpe duro para el norte de México.

Porfirio Díaz primero y Victoriano Huerta después, intentaron aprovechar la rivalidad económica entre Estados Unidos y Europa para sacar adelante el interés mexicano tal como ellos lo entendían y representaban. El éxito del primero fue muy relativo y nulo el del segundo. Sin embargo, cuando el sistema internacional se dividió hasta llegar a la Gran Guerra de 1914-1918, la sagacidad de los líderes revolucionarios

rios —en particular de Venustiano Carranza— permitió a México aprovechar a fondo la ocasión para lograr ventajas que en otras condiciones hubieran sido casi imposibles. En efecto, la necesidad de no dar motivo a las fuerzas revolucionarias mexicanas para destruir los estratégicos campos petroleros de la costa del Golfo de México —campos situados en zonas de difícil acceso para que una fuerza expedicionaria o aliada los pudiera proteger a tiempo—, o el deseo de que la neutralidad mexicana no se trocara en una alianza con Alemania, fueron dos de los factores determinantes en los estados mayores de Estados Unidos y de los aliados para llevarles a no recomendar a sus superiores la invasión de México como solución para imponer en ese país el orden y el respeto a las vidas y a los derechos de propiedad de los extranjeros.

Fue el temor a una victoria alemana en el frente occidental lo que decidió al presidente Wilson a forzar la entrada de Estados Unidos a la Guerra Mundial, y lo que también le llevó a no favorecer la distracción de tropas en una ocupación militar prolongada en México. Fue eso y no otra cosa, lo que finalmente le hizo al presidente Wilson ordenar la salida del gene-

ral Pershing y de sus hombres del norte de México, y eso a pesar de que Carranza no había dado al gobierno estadounidense las seguridades que explícita y repetidamente éste le había exigido en las conferencias de Atlantic City, New London y Filadelfia. Y estas seguridades consistían en un acuerdo formal para no dar a la nueva Constitución que se estaba discutiendo en Querétaro una interpretación contraria a los derechos adquiridos por los extranjeros.

En fin, no es difícil probar que sin los problemas que creó a Estados Unidos la guerra en Europa entre principios de 1917 —cuando la peor parte de la lucha en el frente occidental la estaban llevando los aliados— y 1918, el gobierno de Washington se hubiera sentido con mayor libertad de llegar a la acción directa para impedir la promulgación de la Constitución de 1917. En contrarresto, con el fin de la guerra y con el consiguiente fortalecimiento de la posición internacional de Estados Unidos, Carranza y sus sucesores —la dinastía sonorense— tuvieron muy pocas posibilidades para hacer avanzar los principios del nacionalismo revolucionario mexicano. Fue necesario esperar a los prolegómenos de la siguiente

gran conflagración mundial para que los gobiernos mexicanos pudieran tener, de nuevo, un mayor campo de maniobra en su relación con el de Estados Unidos. Para los años cincuenta, ese campo ya se había vuelto a estrechar.

La preocupación estadounidense en los años sesenta por impedir la existencia de nuevas Sierras Maestras en el subcontinente, permitió al gobierno de López Mateos elaborar una política de independencia relativa que tuvo éxito. Estados Unidos se vieron forzados entonces a aceptar las votaciones de México en su contra en la OEA para, entre otras cosas, poder presentar ante el mundo a la Revolución mexicana como una alternativa legítima a la cubana. Es cierto que México recibió entonces muy pocos fondos de la Alianza para el Progreso con la que se pensaba desarrollar a la América Latina anticomunista, pero a la larga eso fue un costo muy pequeño a cambio de la legitimidad y credibilidad que ganó entonces el gobierno mexicano.

Hoy en Estados Unidos ven desaparecer la amenaza que por tanto tiempo representaron para ellos la Unión Soviética y China. En la actualidad la preocupación principal de Washington se centra en

situaciones tan absurdas como "el caso Noriega" o en otras más sustantivas pero sin contenido militar: hacer frente a la expansión comercial de Japón, una gran potencia económica sin fuerza militar. Por ello, México no puede contar con la ayuda de coyunturas externas como las que en el pasado le permitieron imponer algunos de sus intereses nacionales centrales por sobre los de Estados Unidos.

En resumen, si la hipótesis expuesta aquí es cierta, entonces resulta que eso que podríamos llamar el "síndrome Padilla" ha aparecido en una situación particularmente desafortunada. Hoy Estados Unidos no necesitan de nuestra cooperación activa o pasiva para llevar adelante su proyecto internacional. Hoy con lo único que podemos mover a la potencia del norte a hacer concesiones es con la amenaza de nuestra propia debilidad: "si la economía mexicana no se recupera, la estabilidad al sur del Río Grande puede peligrar". Para todos resulta evidente que esa no es la mejor posición para negociar con un gran poder imperial, ni siquiera si se le dice que el gobierno de México ha hecho suya la visión que en Washington se tiene del mundo.